



Carlos Osoro Sierra  
Arzobispo de Oviedo

## Catequesis sobre los Misterios Luminosos del Santo Rosario Tercer misterio: La llamada a la conversión y la predicación del Reino de Dios

*Santa Cueva de Covadonga, 16 de enero de 2003*

Después de haberos hablado anteriormente sobre los dos primeros misterios de la luz: del Bautismo –recordando el bautismo del Señor– y de nuestra identidad cristiana, recordando la autorrevelación del Señor; hoy deseo acercar a vuestra vida el tercer misterio de la luz: la llamada a la conversión y la predicación del Reino.

Jesucristo se hace presente en nuestro mundo y nos permite descubrir a un Dios personal, que entra en comunión con todo hombre, con su historia y con su persona. A un Dios que se hizo Hombre, que nos habla y nos dice cuál debe ser el comportamiento, la dirección y las obras que tenemos que hacer en la vida. Un Dios que nos invita a iniciar un diálogo con Él y a entrar en una relación de reciprocidad. Diálogo y relación que nos hacen ver que Él es la Luz y que solamente en Él está la felicidad de los hombres. Es un Dios que nos llama a dar una interpretación nueva a la vida. Desea entrar tan dentro de nosotros mismos que nos propone una identidad nueva, una identidad verdadera. En el encuentro con Nuestro Señor y en la aceptación por nuestra parte de dar una versión nueva a la vida, está nuestra felicidad y está el desarrollo auténtico de la historia humana. Jesucristo quiere entrar al centro del ser humano. En la Biblia ese centro está en el “corazón”. Pero el corazón bíblico no es sólo la parte afectiva del ser, sino que es todo el ser humano visto desde lo más profundo. Ahí tiene que llegar la conversión, al corazón bíblico, a la profundidad absoluta del ser humano, donde todo se hace nuevo. Y ello es lo que conduce a una unificación de la persona que nos lleva a amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con toda la fuerza, y amar al prójimo como a nosotros mismos.

### **El perdón y la gracia de Dios**

Pero esta iniciativa –que siempre parte de Dios– para que los hombres demos una versión nueva a la vida, requiere una respuesta del hombre. Quien elige amar corre un gran riesgo, porque queda suspendido del corazón y de los labios del otro. Depende de quien sea ese otro, serán las consecuencias de ese amor. Este es el dilema: que el Señor quiere y necesita de nuestra respuesta para realizar su proyecto, pero Él no puede responder en nuestro lugar, ni forzarnos; lo que sí hace es buscar formas diferentes para hablarnos al corazón. Nos llama de mil maneras para que respondamos a la llamada que nos hace a convertirnos. Es más fácil responder a otro que nos llama, y que es igual que nosotros, que responder a la llamada que nos hace Dios mismo. Parece que ante la llamada de Dios no estamos acostumbrados a responder espontáneamente y buscamos múltiples excusas. Nos cuesta decir a Dios: aquí estoy. Pero cuando respondemos para entrar en una relación con Él, somos integrados inmediatamente en el movimiento de Dios. Este movimiento nos hace descubrir nuestras imperfecciones y el deseo de purificación y de perdón. A este deseo encontramos respuesta rápida en Jesucristo, que nos sigue entregando hoy su perdón a través del Sacramento de la Penitencia, de la confesión. Nuestro Señor muestra su santidad regalando su gracia y su perdón a toda persona que reconoce su situación de pecado. Nos da el perdón y la gracia, y nos sitúa en el movimiento de Dios, que es movimiento de comunión, de entrega, de fidelidad, de servicio, de dimitir de nosotros mismos, de considerar al otro más importante que uno mismo.

### **La cercanía de Dios en Covadonga**

Jesucristo viene a nuestro encuentro para llamarnos a la plenitud de la vida y de la felicidad. Ese predicador itinerante que es Jesús, es capaz de provocar un cambio de vida radical a partir de un simple encuentro y sin ejercer la mínima coacción. Nuestro Señor es portador de lo absoluto y es capaz de reorientar nuestra vida cuando le dejamos entrar en ella. ¡Cómo me gustaría que llegase cada uno de nosotros a percibir lo que los primeros cristianos vivieron! Covadonga es un lugar privilegiado para percibir esto. Os aseguro que aquí se siente la cercanía del Señor, quizá por la aproximación que nuestra Madre hace del Señor a nuestras propias vidas. Nosotros aquí, junto a nuestra Madre la

Santina, podemos percibir de una manera especial aquellas palabras del Evangelio: «*Salía de Él una fuerza que sanaba a todos*» (Lc 6,19). Es una fuerza tal, la que sale de Nuestro Señor, que sana el cuerpo y el alma, que aporta una plenitud de vida. Esa curación tiene para nosotros un nombre: perdón. Y tiene una manera de adquirirse: en el sacramento de la reconciliación tal y como la Iglesia lo entrega; en la celebración personal del sacramento, donde Jesucristo mismo se hace presente en el ministerio y el misterio de un sacerdote. Sacramento en el que Jesús nos dice una y otra vez “perdonados son tus pecados, levántate y anda”. Y así aparece en nuestra vida la santidad y la gracia como una energía creadora de comunión con Dios y con todos los hombres.

### **Jesucristo, mensaje del Reino**

El Señor nos llama a la conversión y nos dice que el Reino de Dios está llegando, es decir, nos dice que Dios es el Dios del Reino. Él nos trae la buena noticia que va a cambiar nuestra vida, que va a darle una versión nueva y que es el Dios que va a poner las cosas en su sitio. Él entra en nuestra vida con un mensaje revolucionario, un mensaje lleno de alegría que pone todo en orden. Es el mensaje que oyeron quienes escuchaban al Señor en el Monte de las Bienaventuranzas. Eran hombres y mujeres con multitud de problemas, pero se habían encontrado con lo que buscaban siempre: un reino nuevo. Y ese Reino era Jesucristo mismo. Todo era diferente a su lado y en comunión con Él. Desde ahí podemos entender lo que el Señor les dijo: “bienaventurados y felices”. La felicidad y la bienaventuranza les venía por haberse encontrado con Él.

La llamada a la conversión y la predicación del Reino van unidos. Tienen que provocar en nosotros cuatro manifestaciones de la conversión, que nos hagan tocar y palpar el Reino: 1) una, la conversión religiosa, es decir, el encuentro con el Dios verdadero que se nos manifestó en Jesucristo; 2) otra, la conversión moral, es decir, una nueva manera de vivir; esa manera que la Iglesia nos predica y nos enseña. No se trata de adaptar el cristianismo a mí, sino que esté dispuesto a adaptar mi vida a la manera que la Iglesia, en nombre del Señor, nos enseña; 3) también la conversión intelectual, es decir, esa que toca a la inteligencia y que trata de entender todo desde las razones de Dios, que son también razones y más fuertes aún que las que vienen de los hombres; 4) por último, una conversión mística; es decir, hay que captar la presencia de Dios en todas partes, las huellas de Dios presentes en todos los lugares y en nuestra propia existencia.

Os lo aseguro, hoy siguen siendo verdad y siguen oyéndose estas palabras de Jesús: «*Se ha cumplido el plazo y está llegando el Reino de Dios. Convertíos y creed en el evangelio*» (Mc 1, 15) Escuchadlas.

+ Pablo, Arzobispo de Oviedo

---